

La poesía de la caballeridad

Bernard Sesé,

Par inadvertance, poèmes (Por inadvertencia, poemas),

Editions la tête à l'envers, Ménetreuil, France, 2015

Albert Torés

Defender la poesía de Bernard Sesé no sólo es gratificante sino tarea que no comporta dificultad. Bernard Sesé es un humanista solidario indispensable en el panorama de las letras francesas pero también de las letras hispanas. No ya por su condición de académico, investigador, hispanista, docente, ensayista, traductor excepcional de Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, José Zorilla, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Lorca, Machado sino también por su faceta de poeta. Así ya tuvimos la fortuna de ocuparnos de su último poemario publicado en Éditions Convivum Lusophone (2013) titulado *Ivre de l'horizon (Ebrio del horizonte)*, así como de su volumen *Antología de lo arcano* publicado por Ediciones Rialp (2006) en la colección Adonais en edición bilingüe con una traducción sencillamente magistral del poeta Arcadio Pardo. En cualquier caso, su escritura poética no puede enfocarse en términos prosaicos de visibilidad y sí en las peculiaridades de lo sugerente, del silencio, del evocador poder de símbolos, ritos y tríadas que dan cabida a placeres librescos, pictóricos, musicales, emocionales. No cabe duda, que para la construcción de una historia esencial de la literatura, poetas como Bernard Sesé y Arcadio Pardo, pongo por ejemplos, deben figurar necesariamente si queremos ser mínimamente rigurosos.

En un riguroso epílogo a cargo de Marie-Odile Métral-Stiker, se fija ese enriquecedor encuentro de sonoridades y visibilidades fundamentado en el nexo entre un verso y un lienzo. Coincidimos en considerar la subversión de la jerarquía establecida en referencia a los sentidos concediendo rango mayor a la vista y al oído a expensas del gusto, el tacto, el olfato. Las palabras hablan menos y nos acarician la piel frente a los colores que se sienten, se prueban, se rozan como una caricia: “*En la boca y en los ojos me acojo a los colores*”, leemos en el poema “Efectos de nieve en Marly”, que en esta ocasión arranca con un verso de Antonin Artaud (*Este árbol y su estremecimiento sombrío bosque de llamadas*) y entronca con un lienzo de Alfred Sisley; en ambos casos, el eminente pintor paisajístico y el escritor de vanguardias caminan hacia un arte absoluto y total, al tiempo, percibimos la armonía interior de la música, una música siempre salvadora que emite proclamas reconciliadoras en los pulsos de la historia: *El silencio que viene del fondo del horizonte*

envuelve este lugar y se graba en la piedra...

El camino hacia el pueblo tampoco es el mismo.

Este bellísimo poemario en toda la acepción del término “belleza”, puesto que realmente se trata de un canto esperanzado a la belleza que se encuentra en la diversidad, en el lugar más remoto y a la vez en el más evidente. Una belleza a la que llegamos por razones del título, cuya traducción idónea escapa a nuestro eje perceptivo. Quizá la belleza se busca “*por descuido*”, topamos con ella incluso “*sin querer*”, en lo más insospechado la hallamos “*inadvertidamente*” y por qué no ser respetuoso con el paralelismo lingüístico, con las similitudes de las lenguas que parten de un tronco común y buscar la belleza sea como sea, hasta “*por inadvertencia*”.

La poesía de Bernard Sesé es innegablemente fruto de la necesidad de iluminar la realidad a través de la palabra. Una poesía que indaga en lo secreto, para hacer accesible lo está más allá del propio conocimiento. Sesé le otorga una dimensión extraordinaria a la poesía. Efectivamente, la sugerencia, la sutileza, la precisión en los matices, la esencialización de la palabra que se concibe como un acto de inteligencia que combina la inspiración en fuentes clásicas y la singularidad emocional, que nos permite acercarnos y apresar un verso de gran carga simbólica, sin estridencias ni adornos artificiales. Es igualmente la tradición de lo singular, lo diferente, lo placenteramente cadencial. El poeta es consciente de la necesidad de buscar al otro, de proporcionar una encrucijada de creatividad individual y colectiva pero también de anhelo de superación, de entender que no estamos solos, que en la interdisciplinariedad, en la defensa de la cultura, en los valores del humanismo solidario podemos hallar respuestas.

El poema “Hombre en albornoz” que alude a un cuadro del genial pintor francés Eugène De La Croix, cuya obra pictórica en gran parte se inspira en la literatura, especialmente en Lord Byron, Shakespeare, Dante o Víctor Hugo, es una puesta en valor del romanticismo que enlaza con el simbolismo oecadentismo, acaso la precocidad creativa del genial poeta francés Arthur Rimbaud que pedía un largo, inmenso y racional desarreglo de todos los sentidos. En concreto, el verso escogido de Rimbaud es *Qué lejos están los pájaros y las fuentes*. Belleza al extremo y libertad como guía, con dedicatoria al poeta Albert Torés que agradezco de todo corazón.

Por estas razones, actúan en el mismo fotograma, la poesía, la pintura, la filosofía, la esperanza, las edades del bastón y como telón de fondo, la música, que como bien señalaba Schopenhauer, es lo único -junto con la comprensión global de la naturaleza, el arte y la religión- que puede aplacar ese sufrimiento desesperado por no conocer el sentido de nuestra vida”. Empero no basta el despertar de sensaciones si no hay paralelamente una manifestación espiritual, no basta el goce o el lamento si no se da la búsqueda de ese pretendida belleza con aspiraciones universalizadoras, en ese doble cruce de sentimiento e interpretaciones hemos de leer el poemario *por inadvertenci*; debemos disfrutar y celebrar pero a la vez intelectualizar y comprender.

Por este motivo, se inicia el poemario con el verso de Yves Bonnefoy “*Se trataba de un viento más fuerte que nuestras memorias*” por querer representar la poesía al lugar, una presencia poética que no quiere ser arrebatada por lo falso o lo inmediato y por ello también se cierra con el lienzo de Pietro Cavallini en un deseo real de superar el plano simple para ofrecer un marco bidimensional, un volumen de naturalismo fundador, en un eje de diacronías y sincronías artísticas que refuerzan la poética de la caballeridad de la que Bernard Sesé es promotor indiscutible, planteando la escritura poética en torno a la búsqueda de un lugar y de una presencia, o si se quiere, en guardar secretos y desvelarlos en espacios de líneas donde la exactitud es surtidora de belleza, donde los fuegos y los sueños se combinan por igual en franca correspondencia con la luz y la plegaria, lo diáfano y lo sublime, la geometría y el mito - absolutamente significativos en la estructura poética-, como un relato que pudiese ser materia del ámbito divino, que en los versos del poeta, se amplía hacia la constatación de lo universal.

El poemario se cierra con un poema maravilloso titulado “La ausente”. Un poema que conecta el verso de Théophile Gautier “*El infinito se ha derretido en sus anchas pupilas*” con el cuadro de Leonor Fini, es decir la interacción entre el autodidactismo, la mezcla de escenas eróticas con la muerte y una línea de referentes simbólicos, modernistas, especialmente románticos cuando no viajeros. En su tarea de redescubrimiento de la materia poética Bernard Sesé nos pone al alcance de los sentidos su propio museo, que

es tanto como decirnos que para salir del laberinto e ir desentrañando los hilos del pensamiento hemos de discurrir por inadvertencia entre los senderos de la belleza, porque allí parece revelarse todo y no esconderse nada y a la vez, parece esconderse todo y no revelarse nada. Pero en cualquier caso, sea cual sea la razón que nos empuje a esa meditación soñada, hemos de atender a un luminoso lirismo respaldado por una emotiva sonoridad.